

bueno, hasta Kissinger de Santa María la Redonda. Pero todo enseña y tiene algún grano de sal” (“Palabras, palabras, el periodismo”).

Alvarado era curioso. Parecía un hombre toscano que encontró en el detalle, la frase inteligente, el dato relevante, la chispa que hizo de su veta periodística la cereza del pastel. No es un cronista del arrabal, sino un transeúnte que va del callejón de San Camilito en el Tenampa al tequila de perlititas en la plaza Garibaldi, pasa lista a los rincones de la noche en la colonia Guerrero, a los saltimbanquis callejeros, habla de la sociología del taco, los volados y el nacimiento del metro. Da voz al Chiflaquedito, al Chómpira Escandón, al Valedor Lascuráin, se ocupa de la temporada del huitlacoche y las quesadillas, habla de la felicidad de los comales y de los quesos de ayer, de la gente de baja estatura, la aristocracia pulquera y del club de los cacarizos. Como dice Roberto Diego Ortega, la prosa excepcional de Alvarado “borra la división imaginaria entre periodismo y literatura”.

Su lenguaje, sus temas, su enfoque crítico, sus divagaciones líricas, su humor sutil y el gran angular de su mirada cubren casi medio siglo. Y sin duda hacen falta no solo las obras completas de Alvarado, sino también libros de bolsillo y lo mejor de su artillería en formatos electrónicos.

3. Epílogo: El señor rector

En la cúspide de su trabajo como periodista y escritor, en 1961, José Alvarado es llamado por su amigo Eduardo Livas Villarreal, gobernador de Nuevo León, para hacerse cargo de la rectoría de la Universidad de Nuevo León. A la que Alvarado tan bien conoce, ya que es su fundador y varias veces fue invitado como conferencista y maestro.

Una entrevista de Elena Poniatowska, publicada en la *Revista de la Universidad* de febrero de 1962 –ilustrada con unos curiosos trazos de Tomás Segovia y Juan García Ponce–, daba cuenta del tema: “Pepe Alvarado ha sido nombrado rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y hace quince días salió rumbo a

Monterrey, llevándose toda su casa; sus libros y libreros, a su esposa y a su hija, sus sillones, mesas y recuerdos.” En ese entonces la UANL tenía once mil estudiantes; Alvarado alberga la intención de impulsar la investigación científica, combatir la deserción escolar y de reelegirse si es posible. Elena le cuestiona: –¿No cree usted, señor Alvarado, que en México lo que más nos hace falta son buenos técnicos?

–Pero no puede haber buenos técnicos, Elena, si no hay buena ciencia. La técnica tiene como base a la ciencia –responde el hijo del Colegio Civil desde su nueva investidura.

Se sostuvo solo un año y medio en el cargo. Un sector poderoso de la economía, la política y la prensa regiomontana lo agarró de su puerquito y el 8 de febrero de 1963 pidió su renuncia. Volvió a la Ciudad de México a seguir cocinando el mejor periodismo del país. ~

MARGARITO CUÉLLAR (Ciudad del Maíz, 1956) es poeta, narrador y periodista. Prologó y seleccionó los textos de *José Alvarado. Antología* (Ediciones Cal y Arena, 2018).

NATALIA GINZBURG: INCLUSO EN LOS ERRORES BUSCABA LA VERDAD

por **Cristina Grande**

En 2016 se celebró el centenario del nacimiento de Natalia Ginzburg (Palermo, 1916-Roma, 1991). Una pequeña legión de sus seguidores agradecemos que con tal motivo se escribiera mucho sobre ella y que se publicaran nuevas traducciones y recopilaciones de artículos, cuentos o ensayos, tan ávidos

estábamos de su sabiduría. Mercedes Monmany la calificó como “una de las más grandes narradoras de la segunda mitad del siglo xx italiano”. Desde 2002, el año en que publiqué mi primer libro, llevaba a menudo en mi bolsa de viaje *Las pequeñas virtudes* en una antigua edición de bolsillo de Alianza Editorial que me había regalado Félix Romeo. Ese mismo año él

había traducido *Sagitario* para Espasa Narrativa, para una edición que incluía además otras dos novelas breves, *Así fue* y *Valentino*. Por entonces yo solo había leído un par de novelas de Ginzburg, *Querido Miguel* y *Nuestros ayer* (traducidas por Carmen Martín Gaité). Fue sin embargo *Las pequeñas virtudes* (1962), que contiene once ensayos publicados entre 1944 y 1960, el que se convirtió en mi libro de cabecera. Uno de esos ensayos, “Él y yo” (el único que no había aparecido en prensa), me sirvió de inspiración para uno de mis cuentos, y directamente plagué la primera frase, “Él tiene siempre calor; yo siempre frío”. Acababa de empezar a escribir una columna semanal para *Heraldo de Aragón* y Natalia Ginzburg me había enseñado que se puede escribir casi de cualquier cosa si encuentras tu voz y no tienes miedo.

Natalia Ginzburg tuvo una vida azarosa. Vivió en Turín su infancia y parte de su juventud y allí conoció al que sería su marido, Leone Ginzburg, del que tomó el apellido (el suyo era Levi, también judío) y con el que tendría tres hijos. Junto a él entró a formar parte de una generación de escritores e intelectuales de la posguerra italiana que fue determinante, antifascista, casi revolucionaria, y de donde surgió la mítica editorial Einaudi. Cesare Pavese era uno de sus mejores amigos. Desterrados

Einaudi, donde también publicaría sus siguientes libros. En 1950 se volvió a casar, con Gabriele Baldini, especialista en literatura inglesa, y tuvo dos hijos más. En 1969 vuelve a enviudar. A los cincuenta y tres años ya era dos veces viuda y había publicado unos diez libros, entre ellos *Léxico familiar*, *Nuestros ayeres*, *Las palabras de la noche* y *Las pequeñas virtudes*. Más tarde, en 1983, fue elegida diputada del parlamento italiano por el Partido Comunista. No me consta que sus intervenciones par-

Natalia Ginzburg colaboró a lo largo de su vida con distintos medios de prensa, principalmente en el *Corriere della Sera* y *La Stampa*. En su autobiografía, anteriormente citada, dice: “En 1970, Natalia Ginzburg publica una recopilación de ensayos, titulada *Nunca me preguntes*. Se trata de una serie de artículos publicados en periódicos a lo largo de varios años y de textos de distinto género todavía inéditos. Desde 1968 hasta 1978 colabora con los periódicos con bastante regularidad. Luego abandona esta actividad, ya que escribir para la prensa con demasiada frecuencia le resulta de repente pesado y parece perjudicar su forma de escribir.” Resulta chocante que ella pensara que escribir para la prensa perjudicaba su escritura. En sus ensayos y artículos no elude ningún tema y su estilo, al igual que en sus novelas y en sus obras de teatro, es lúcido, sincero y cercano. Igual habla de cine –le gustaba Ingmar Bergman y también Buñuel y Fellini–, de política, de la feminidad, del aborto, de poesía, de amigos escritores (Cesare Pavese, Italo Calvino, Antonio Delfini, Tonino Guerra, Alberto Moravia), de las ciudades (maravillosa y divertidísima su visión de Londres en *Las pequeñas virtudes* o su declaración de amor a la ciudad de Roma en “Así es Roma”, donde dice: “Aunque parezca que se empeña en aparecer lo más fea posible, esta ciudad donde vivo, que es Roma, yo siempre la encuentro preciosa”), y siempre con una mirada muy personal. “Al leer a Ginzburg, vi que lo que ella hacía era insuflar vida en un ensayo. Escribía no ficción en primera persona, textos basados en su experiencia desnuda, pero que se leían como una novela”, dijo sobre ella la escritora Vivian Gornick. En esa misma línea Aloma Rodríguez amplía la perspectiva: “Los textos autobiográficos y de no ficción –*Las pequeñas virtudes* [...]– componen la novela en marcha de su vida, rellenan los huecos que había dejado deliberadamente en *Léxico familiar* –un libro de recuerdos de infancia y juventud– y aportan la materia prima de la que surgen algunas de



por Mussolini, vivieron tres años en un pueblo de los Abruzos. Poco después, en 1944, Leone Ginzburg fue detenido y torturado hasta la muerte en una cárcel de Roma. Quedó viuda y con tres hijos a los veintiocho años. Dos años antes ya había publicado su primera novela, *El camino que va a la ciudad*, que tuvo que firmar con seudónimo. Tras la muerte de su marido se instaló en Roma y entró a trabajar en la editorial

lamentarias estén recogidas en algún sitio. En su “Autobiografía en tercera persona” (ensayo publicado en 1990, incluido en el libro *No podemos saberlo*, que yo leí en la edición de Lumen de 2009 titulada *Ensayos*) dice casi al final: “Natalia Ginzburg vive en Roma, en la céntrica casa donde siempre ha vivido. Sigue siendo diputada en el Congreso. Alguna vez, de forma ocasional, escribe en los periódicos.”

sus novelas.” De repente se me ocurre que “materia prima” se dice igual en italiano.

A pesar del tiempo transcurrido, la obra de Natalia Ginzburg sigue de plena actualidad pues, partiendo de lo concreto de su época, aborda temas universales como las incertidumbres del ser humano y la fragilidad de la democracia. *Vida imaginaria* (Lumen, 2023), la más reciente incorporación a nuestra biblioteca “ginzburgiana”, fue publicado por Mondadori en 1974. Según Domenico Scarpa, que incluye un largo texto al final del libro, en *Vida imaginaria* el texto más importante es “Los judíos”, publicado en *La Stampa* el 14 de septiembre de 1972, pocos días después del atentado en Múnich perpetrado por ocho palestinos contra unos atletas del equipo de Israel. Murieron nueve atletas, cinco terroristas y un policía alemán. El artículo de Natalia Ginzburg levantó una gran polvareda. Fue muy criticada por los intelectuales de la época. Primero porque, siendo ella judía (hija

de judío, aunque nunca hasta entonces se había declarado como tal), se atrevió a ponerse del lado de los palestinos y, segundo, por no haber llegado al fondo de la cuestión, que es más o menos lo que declaró su amigo Cesare Garboli: “No se puede partir de premisas impolíticas, llegar a conclusiones impolíticas, y al mismo tiempo escribir un artículo político. [...] Natalia tiene razón cuando afirma que siempre hay que estar del lado de los que sufren injustamente.” En fin, que se metió en camisa de once varas, y a mí, personalmente, no me parece el texto más importante del libro a pesar de ser un tema que, por desgracia, sigue vigente, porque no llega hasta el fondo en esa tarea de excavación en su propia vida que caracteriza el resto de sus escritos.

La materia prima de todo lo que Natalia Ginzburg escribió es sin duda de primera calidad. Con esa materia prima y un gran dominio del lenguaje podía hacer maravillas. A veces resultaba abrupta, incluso descarnada,

pero nunca le faltaba una gran dosis de generosidad y de humanidad. Cada una de sus frases contiene su mundo, su verdad, y crece a la manera de los fractales, cuya geometría se repite a distintas escalas, pero siempre fiel a sí misma. Como dijo Elena Medel en el año del centenario, “sus libros son pequeñas obras de ingeniería. Detrás de cada frase sencilla hay un trabajo de pulido finísimo. Escribe de lo que tiene más cerca para hablar de lo que tiene más dentro”. A veces se equivocaba, como cuando en “Mi oficio” dijo que si intentaba escribir un ensayo o un artículo para un periódico le iba bastante mal. Y no era la falsa modestia lo que la caracterizaba. Incluso en los errores buscaba la verdad como un zahorí busca el agua subterránea. Su autenticidad y su valentía siguen marcando un camino. ~

CRISTINA GRANDE (Lanaja, Huesca, 1962) es escritora. Su libro más reciente es *Diario del asombro* (Los Libros del Gato Negro, 2024).

LETRAS
LIBRES

NO TE PIERDAS
NINGÚN NÚMERO.
SUSCRÍBETE A
LETRAS LIBRES
POR UN AÑO.

12 NÚMEROS | \$805 PESOS

WWW.LETRASLIBRES.COM